

CARONTE en su barca



**Ander López de Abechuco
Martínez de Rituerto**

Dedicatoria:

A Marisa, Andrés y Estíbaliz por su inestimable apoyo

Novela:

© Ander López de Abechuco Martínez de Rituerto

Portada por:

Asier Rodríguez

ISBN 978-84-608-2248-6

Descarga digital

Novela publicada por primera vez en 2010

Queda prohibida la reproducción total o parcial de la obra sin permiso expreso del autor.

La encerrona

- Eh, Ángel... – me dice Pedro dándome leves toques en el brazo. – ¿Me has escuchado? ¿Puedes ayudarme? Despierta tío, pareces ido.
- Perdona, – respondo mirándolo atentamente, – pero no acabo de comprender lo que quieres.
- Es muy sencillo.... – Continúa con la resignación de quien piensa que habla con una pared. – Un amigo de Estados Unidos viene algunos días para visitar unos lugares relacionados con su tesis doctoral. Y yo no puedo atenderlo, tengo que irme fuera por trabajo. ¿Puedes estar tú con él esos días?
- Pero... ¿por qué yo? – Pregunto gesticulando con las manos y echándome hacia atrás en la silla.

Estamos sentados tomando una infusión en una céntrica cafetería de Vitoria. Dos parejas ocupan otras mesas; pero con tan poca gente en el local, el ambiente es tranquilo y podemos charlar amigablemente. Llevamos ya un rato hablando apaciblemente, disfrutando de esta tarde de finales de otoño. Casi se podría decir que estamos en un típico domingo de invierno: el cielo está lleno de nubes un poco grises, pero sin aspecto de que se pongan a llover. Hace frío. Este año ha empezado pronto a notarse, pero con una buena gabardina se soluciona. Hay poca gente por la calle, todavía es media tarde y pocas personas se han animado a salir. Pienso en lo que me ha dicho: Pedro quiere que lo ayude con un asunto. Me ha sorprendido tanto lo que me ha pedido, que no estoy completamente seguro de entenderlo bien.

- El otro día me dijiste que mañana empiezas tus vacaciones, y creo que no tienes planes; lo cual es normal, no mucha gente se coge vacaciones en otoño – continúa diciéndome con mucha ironía.
- He... que pasa... – Corto secamente, – me apetecía.
- Vale, vale, no me meto. – Contesta con tono conciliador – pero esas vacaciones son ideales para atender a John. Además, siempre te ha gustado la historia y él es historiador. Seguro que lo pasaréis muy bien juntos. Sólo viene por cinco días; luego, tienes el resto del mes para ti.
- Pensándolo... no suena mal. ¿Cuándo viene?
- Hoy por la tarde llegará a Vitoria. Tiene el hotel y todo cogido. Él correrá con los gastos de todo. Tiene bastante dinero. – Puntualiza acercándose y bajando la voz, mientras sonrío pícaramente.

- Pues sí que apuras para buscar ayuda. – Comento sin terminar de decidirme. – ¿Exactamente a qué viene?
- Viene a estudiar algo relacionado con un personaje que se llamaba Príncipe Negro o algo así. Sinceramente, no sé de quién habla.
- Me suena algo, creo que fue un noble inglés de la Edad Media. – Digo mirando a nuestro alrededor. – No sé si se referirá a ese.
- ¿Ves? Eres la persona adecuada, tú sabes de qué habla y yo no. – Afirma con alegría.
- Bueno vale, lo acompañaré. – Acepto finalmente. – ¿Qué tendré que hacer? ¿Sabe español, o me las tendré que apañar con mi mal y oxidado inglés?
- Habla perfectamente español, por eso no te preocupes. Y hacer, hacer... pues ayudarlo y enseñarle los sitios que quiera visitar. Esto incluye hacer de taxista. Él está empeñado en que pagará los gastos. Tiene varias citas concertadas en bibliotecas y otros lugares. Eso es lo que en principio me ha comentado. – Entonces Pedro se remueve en el asiento, mostrando algo de incomodidad. Eso me mosquea. Me mira en silencio mientras parece estudiar mi reacción. – He de confesarte que no viene solo, – confiesa como con miedo, – lo acompaña una colega, una mujer, Marie.

Me mira a los ojos con tensión, temiendo mi respuesta.

- ¿Dices que él corre con todos los gastos?, pues entonces qué más da uno o dos, ya de perdidos al río, ¿no crees?
- ¡Sí, qué más da! – Exclama con alegría y alivio. – Gracias, temía que me dijeras que no al saber que no viene solo. No te imaginas el peso que me quitas de encima. Y sobre todo, tú tranquilo, te pagará todo, hasta la gasolina. – Dice con una gran sonrisa. De su alegría, casi salta por encima de la mesa para agarrarme de los hombros.
- Tranquilo. – Pido mientras evito que se vuelque la mesa. Sonrío. – No es para tanto. Se agradece. Y recuerda... me debes una. Y espero que no sólo corra con la gasolina.
- Bueno, eso lo arreglas con él, pero no creo que existan problemas. Él insistió en correr con absolutamente todos los gastos.
- Me alegra oír eso. Espero que no sea un tipo raro ni me pida cosas extrañas. Sin embargo... aclárame eso de que insistió. ¿Qué más sabes?
- Tranquilo, es un tipo normal, como tú y yo. Y los detalles..., bueno..., ya te los contara él mejor, ¿no te parece?
- Vale. – Contesto no muy convencido.

Pedro me mira contento, pero con picardía. Se recuesta en la silla. Coge su infusión y lo termina. Me mira unos segundos. Después se fija en su reloj, sonrío y me vuelve a mirar, entonces me dice:

- Acaba la infusión y vamos a recibirlos. Su tren llega dentro de una hora. Vamos paseando a recogerlos a la estación.
- ¿Cómo? ¿Ahora? – Pregunto con cierto mosqueo. – O sea, que todo el numerito era porque venían hoy. Corrijo..., vienen ahora.
- Sí. – Admite bajando la voz algo compungido, con clara intención de que no me cabree y cambie de idea. – Me lo contó hace tiempo, pero se me olvidó. Y como me ha surgido el viaje de trabajo a última hora... Pues, no sabía que hacer. Tú eras mi única esperanza para no dejarlos plantados. Es un gran favor para mí.
- Tranquilo, no me echaré atrás. – Lo tranquilizo con tono conciliador. – Sólo que eres un liante... y hay otras formas de pedirme ayuda. Ah, me debes una gordá.
- Sí, lo sé. – Afirma seriamente.

Lo miro con algo de cabreo. Vaya forma de hacer las cosas. Estas cosas hay que planearlas con tiempo. No cuesta nada planificar y organizar. Siempre he pensado que hay que preparar las cosas con calma. Él sabe eso. Pero Pedro en cambio siempre ha sido un artista en la improvisación. No me cabe duda, esto supera todas sus marcas. Es un gran amigo, pero a veces me descoloca. Apuro mi infusión y me levanto.

- ¿Y si te llevo a decir que no? – Pregunto con ganas de molestarle un poco. – Desde luego, tienes mucho morro. Tienes una forma de hacer las cosas...
- Ya, pero nunca me has defraudado. Y no esperaba que lo hicieses esta vez, – comenta mientras nos ponemos los abrigos – siempre me has ayudado.
- Para eso están los amigos, ¿no? Aún así, eso no quita que eres bastante cara dura. – Lo regaño mientras nos dirigimos a la calle.
- Lo sé, lo sé. Esta vez igual he apurado demasiado. – Reconoce con una gran sonrisa. – Pero, es que eres un buenazo.

Paseamos tranquilamente por el centro de la calle peatonal. Los árboles pierden algunas de sus hojas pese a ser de hoja perenne. Su aspecto crea un ambiente agradable, junto con las casas balconadas que flanquean la calle. Cruzamos las vías del tranvía con precaución, no prestamos atención a las señales de los semáforos. En realidad nadie lo hace. El tranvía es bastante silencioso; pese a su timbre de aviso, te puede sorprender muy cerca si estas despistado. Pasamos junto a la escultura de un gigante de hierro. La figura es bastante famélica, tiene más de dos metros de altura y postura de andar. Un

grupo de niños juegan entre sus piernas y los bancos que hay a su alrededor. Un poco más adelante, al otro lado de la calle, hay un torero de hierro que ocupa medio banco. Está siempre rodeado de los pocos turistas que visitan la ciudad. Se sientan junto a él para hacerse fotos. Al final de la calle está la estación de tren, presidiéndola. Es un precioso edificio de aire clásico. Tiene numerosos arcos en la parte baja, son puertas. Los centrales corresponden a la entrada. Sobre ellos se pueden contemplar tres grandes cristaleras, en la parte más alta del edificio. En esa zona se encuentra la sala de espera; también están las taquillas, para consultar los horarios y retirar los billetes de tren.

Charlamos de tonterías mientras nos acercamos a la estación. Aprovecho y de vez en cuando suelto una puya sobre cómo ha forzado para pedirme ayuda. ¡Hoy mismo! No quiere echar más leña al asunto y siempre se escabulle con otro tema. De todas formas, no puedo culparlo demasiado. Ha necesitado poco para convencerme; además, pensándolo bien, el dinero que consiga me vendrá de perlas para los regalos navideños. Casi se puede decir que en el fondo me resulta interesante la situación. Es algo novedoso. Sabe que no iba a negarme a echarle una mano; sabía que no tenía planes. Y se ha aprovechado de ello. Lo bueno es que ahora me debe una gorda. Sólo espero no ser un mero taxista; me gustaría poder aprender y divertirme.

Con estos pensamientos burbujeando en mi mente, entramos en la estación y consultamos el panel para ver cuando llega el tren de Madrid en el que vienen John y Marie. Se ha adelantado. Sólo faltan unos minutos para su llegada. No está mal. Una agradable novedad para empezar. No tendremos que esperar en el andén chupando frío. Se escucha por megafonía como se anuncia la llegada del tren a la estación.

- Vaya, esto sí que es suerte. ¿Lo tenías planeado? – Pregunto a Pedro mientras abrimos la puerta que da paso al andén.
- No, pero me está saliendo todo perfecto, ¿no crees? – Responde con ironía.

Unos segundos después, vemos como se detiene el flamante tren blanco con las letras RENFE a los lados de la locomotora. El morro me recuerda a la cabeza de un pato. Me choca, pero no me desagrada. El tren parece nuevo y me gusta su línea. Finalmente, termina de pararse y casi inmediatamente se abren las puertas de los vagones. Miro a nuestro alrededor para ver la longitud del tren; entonces me doy cuenta que hay varias personas más esperando en el andén. Los pasajeros salen ágilmente, arrastrando o llevando en la mano sus maletas. Miro a Pedro. Veo como busca a sus amigos entre las personas que van llenando el andén. Al cabo de unos instantes, me da un golpecito en el brazo y me hace un gesto para que lo siga.

- Vamos, allí están. – Dice dirigiéndose a una pareja que sale del primer vagón del tren.

Miro hacia allí y descubro una pareja joven. No sé porqué, me había hecho la idea de que tendrían algunos añitos más que yo. Pero agradablemente descubro que ambos rondan la treintena. Tienen todo el aspecto de turistas extranjeros. Él es un chico alto, pelirrojo y de buena presencia física. Casi parece un deportista. Ella tiene una mezcla de rasgos orientales y caucásicos, que me resultan muy atractivos. Su larga, negra y lisa melena realza sus rasgos. Es tan alta como él y se ve que también se cuida físicamente.

- ¡Hola John! – Comienza a gritar Pedro mientras levanta y agita los brazos dirigiéndose hacia ellos casi corriendo. – ¡Estamos aquí!
- ¡Hola! – Responde John dejando su maleta en el suelo. – Me alegra mucho verte Pedro.

Ambos se dan un afectuoso abrazo. Yo los miro mientras sonrío, esperando a que terminen de saludarse. Aprovecho para mirar a Marie y ver como ella espera igual que yo. Me hace un gesto de resignación al a vez que deja su equipaje en el suelo.

- Encantado de volver a verte John. – Celebra Pedro. – Este es Ángel Álava. – Dice mientras me agarra del brazo y me acerca. – Es el amigo del que te hablé.

Miro a Pedro con algo de mala leche. Obviamente era su última y única opción. No me cabe duda que todo esto lo había planeado hace tiempo. Obviamente tenía todo pensado. Empiezo a suponer que lo de su viaje de negocios no es más que una excusa para escaquearse de esto. Esto no me gusta.

- Encantado, – saludo a la vez que nos damos la mano, – bienvenidos a Vitoria-Gasteiz.
- Gracias, – responde John con una gran sonrisa, – yo soy John Sims y ella es Marie Dumas, mi colega.

Yo me echo ligeramente hacia delante, para darla dos besos. Pero ella tiende la mano y me mira con sorpresa. John se da cuenta de la situación e inmediatamente interviene.

- Perdona Marie, no te había avisado. – Comenta apresuradamente John. – En España tienden a saludar a las mujeres dándose un beso en cada mejilla. Mejilla con mejilla, nada más. No son tan formales como nosotros en Estados Unidos.
- Ha..., vale. – Responde ella dando un suspiro y sonriendo. – Ya iba a darle un empujón.
- Perdona, como tú prefieras. – Me apresuro a decir. – Espero no haberte molestado.

- No, tranquilo. – Responde dándome dos besos.
- Él es Pedro Heredia. – Continúa John. – El amigo español del que tanto te he hablado durante el viaje.
- Encantada. – Responde Marie mientras saluda a Pedro. – Tenía ganas de conocerte. Durante todo el viaje, me ha llenado la cabeza de las aventuras y travesuras de su amigo español. Con todo lo que me ha contado, espero que este viaje sea tranquilo.
- No te creas nada, seguro que ha exagerado las situaciones. Además, fue él el culpable de todas. – Bromea Pedro. Veo como me echa una mirada pícara cuando ella no lo puede ver. Sé lo que pasa por su cabeza: menuda mujer. La verdad es que tiene razón.
- Siento no ser muy amable. – Se excusa John mientras coge su maleta. – Pero estamos muy cansados de tanto avión y tren. ¿Podemos ir ya al hotel para que podamos descansar?
- Faltaría más. – Responde Pedro. – Cogemos un taxi. ¿Cuál es tu hotel?

John saca unos papeles y se los pasa a Pedro. Este los hojea y asiente con la cabeza. Veo que no llevan mucho equipaje. John apenas lleva una maleta de mano y una mochila. Marie carga una maleta porta-documentos y una maleta mediana con ruedas. Un equipaje tan austero me da la sensación de que viajan bastante. Tienen algo de acento inglés-americano, pero hablan español perfectamente. Me alegra saber que no tendremos problemas para comunicarnos.

Cruzamos la sala de espera de la estación rápidamente. Me fijo y puedo apreciar en las caras de John y de Marie que efectivamente están cansados. Responden con frases cortas a los comentarios que va soltando Pedro. No tienen ganas de charlar. Salimos al pequeño aparcamiento que hay en la puerta de la estación. Pedro se dirige al único taxi que espera y abre la puerta del acompañante. Habla con el taxista y éste sale rápidamente hacia el maletero para abrirlo. Marie y John depositan su equipaje en el maletero y se dirigen inmediatamente a sentarse a la parte trasera del taxi.

- Lo siento, todos no cabemos en el taxi. – Se excusa Pedro, mirándome. John y Marie se detienen y me miran. – Ángel, ¿te importa que nos vayamos nosotros y ya quedas mañana con ellos en el hotel?
- Sin problema. – Respondo con algo de resignación. – ¿Cómo quedamos? – Pregunto a John.
- ¿Quedamos mañana a las nueve en la cafetería del hotel para desayunar? Nos hospedamos en el hotel... – John comienza a mirar otra vez los papeles buscando el nombre.

- El Canciller Ayala, – dice rápidamente Pedro, – el de la Florida.
- Vale, de acuerdo. – Respondo sonriendo. – Ya me contareis mañana cuales son vuestros planes.
- Eso es. Aprovecharemos el desayuno para contarte más tranquilamente lo que queremos hacer y organizarnos. – Confirma John mientras me extiende la mano.
- Pues, entonces hasta mañana. – Me despido y nos damos la mano.
- Hasta mañana. – Se despide Marie.
- Un placer conocerte. – Respondo.

John y Marie se acomodan en la parte trasera del taxi mientras Pedro me dice:

- Espero que no te importe. Así de paso, aprovecho para charlar con ellos. Tú los tendrás para ti solo durante varios días.
- Eres un capullo. – Afirmo molesto, a la vez que le doy un pequeño puñetazo en el hombro. – Lo tenías todo planeado. Esta me la debes.
- Como muchas otras. – Contesta sentándose en la parte delantera del taxi.
- Que tengas un buen viaje de negocios. Ya te contaré. – Me despido al cerrar la puerta del taxi.
- Gracias. De verdad. Me has salvado el pellejo.
- Anda tira. – Exclamo justo antes de terminar de cerrar la puerta.

Veo como el taxi se aleja. Lo miro desde la acera. Cuando desaparece vuelvo la vista al cielo, suspirando. Agito la cabeza y empiezo a caminar. Contemplo las nubes. Parece que esta tarde no va a llover. Me apetece ir dando un paseo hasta casa. Comienzo a andar. Mientras, pienso en la situación en la que me he metido. Sólo espero no aburrirme. Los pensamientos me bullen en la cabeza. Para no darle muchas vueltas, me decido por ver una peli, para luego irme a dormir. Me esperan cinco días de taxista y quiero empezar descansado. No consigo que las preguntas dejen de rondarme por la cabeza. ¿A que habrán venido exactamente? ¿Por qué necesitan ayuda? ¿Qué tendré que hacer? ¿Me aburriré mucho? En fin, ya se verá...

El comienzo del primer día

Suena el despertador. Son las ocho y media. Tengo que levantarme y ducharme para ir a desayunar con John y Marie al hotel. Tras estar anoche dándole muchas vueltas, tengo bastantes ganas de descubrir en qué están trabajando John y Marie.

Me afeito y me visto con ropa cómoda pero abrigada. Unos simples pantalones vaqueros negros, una camisa roja y un jersey de lana verde oscuro. Por encima, me pongo un chubasquero rojo. Me meto en el bolsillo un mapa de la provincia y otro de la ciudad; puede que el día sea largo y me pidan ir a lugares que no conozca. Me pongo unas altas y cómodas botas. También son resistentes al agua. Espero que John y Marie no sean unos americanos extravagantes y me pidan cosas raras. Por si caso, he preparado en una pequeña bolsa con un mapa de carreteras de todo el país. También he preparado unos prismáticos, una linterna y una multi-herramienta: “nunca se sabe” me digo a mi mismo. No me olvido de añadir un MP3 “por si me toca esperar”. Recojo la bolsa; la meto en uno de los bolsillos del chambergo, que son muy amplios y salgo de casa.

Me dirijo al garaje y abro el coche. Doy un último vistazo a los asientos. Me tranquiliza comprobar que están limpios. “Eso está bien”, me digo a mi mismo. Estoy preparado. Conduzco por las despejadas calles de la ciudad. Tenemos suerte, el día se ha levantado con pocas nubes y soleado. Busco las gafas de sol en la guantera y me las pongo. Me dirijo a un aparcamiento subterráneo de pago, cercano al hotel. Está a unos cientos de metros, bajo un parque en la trasera de un museo de arte sacro, que también es catedral. La catedral es relativamente moderna; aunque intenta rememorar estilos antiguos. No se terminó y han sabido combinar un templo sacralizado con un museo. Bajo la rampa del aparcamiento y busco un sitio libre. Me gusta este aparcamiento. Está muy bien iluminado y unas luces rojas y verdes en el techo indican que plazas están ocupadas o libres. La única pega es como chirrían las ruedas en el suelo.

Salgo del aparcamiento directamente al parque. Dedico unos instantes a contemplar cómo el día se ha despertado espléndido. Los árboles tienen pocas hojas, algunas incluso todavía están verdes, pero la mayoría de las que quedan son amarillas. Los troncos oscuros de los árboles tienen algo de musgo, que da algo de colorido al conjunto. Anoche me interesé por la predicción meteorológica y decía que hoy iba a llover; no lo parece. Espero que efectivamente se equivoquen. Avanzo por el parque. Al pasar levanto las

pocas hojas que hay en el suelo. Se oyen las barredoras trabajar no muy lejos; dentro de un rato ya no quedarán hojas en el suelo.

Me acerco al hotel. Entro sin preámbulos en él. Hecho una ojeada a la recepción, que se encuentra un poco a la derecha y no veo a nadie. Miro la hora, son las nueve; justo a tiempo. A la izquierda tengo la cafetería, entro a comprobar si están John y Marie. Pero no los veo. Vuelvo a la zona de la recepción. Los ascensores se encuentran justo en frente. En ese momento, se abre la puerta de uno de los ascensores y salen John y Marie. Me agrada esta puntualidad.

- Buenos días. – Me saluda John. – Me alegra ver que estamos todos a la hora. Vamos a desayunar.
- Buenos días, espero que no nos hayas tenido que esperar mucho. – Dice Marie.
- Buenos días. No, yo acabo de llegar, – contesto sonriendo – no he tenido que esperar nada.

Hecho una ojeada a su vestimenta. John lleva puesto unos vaqueros azul oscuro y un jersey rojo, con un abrigo negro largo y una mochila al hombro. Marie va algo más aventurera; lleva un pantalón de tela gris con bolsillos grandes laterales, un jersey azul y una anaranjada chaqueta de nieve. Lleva una bolsa porta-documentos en la mano. Nos dirigimos juntos a la cafetería.

- Cojamos esa mesa junto a la ventana. – Sugiere John. – Me gusta desayunar viendo la calle.

Nos dirigimos a la mesa directamente. Dejamos las bolsas y los abrigos en las sillas contiguas mientras miro algo despistado a nuestro alrededor. Las mesas están sin poner, y no veo donde se pueden conseguir los cubiertos para desayunar. Mientras estoy pensando en eso, Marie y John se han sentado. Finalmente, yo hago lo mismo.

- ¿Cómo pedimos el desayuno? – Pregunta Marie. Se ve que está pensando en lo mismo que yo. Mira alrededor y se queda mirando hacia la barra.
- ¡Yo los atenderé! – Exclama un camarero que se acerca rápidamente sonriendo. – Siéntense cómodamente. Yo me encargo de todo. ¿Qué van a desear?
- Oh, pues... Un café solo, un zumo de arándanos y unas tostadas con mermelada y mantequilla. – Pide Marie terminando de acomodarse en la silla.
- Yo lo mismo. – Contesta John.

CARONTE EN SU BARCA

- Yo quiero un Cola-Cao, un par de cruasanes y un zumo de naranja. –Digo mirando como el camarero toma nota en una libretita.
- Esplendido. – Responde el camarero. – Si se les ofrece algo más; no duden en decírmelo.

El camarero se da la vuelta y se dirige a la barra. John lo sigue con la mirada unos instantes. Marie observa por la ventana, admirando el parque que hay al otro lado de la carretera.

- Una vista preciosa. – Comenta Marie – Es muy bonito ese quiosco blanco de música en la plaza. Me gusta mucho. Le da un aire clásico, muy melancólico. ¿Es de metal?
- Efectivamente. Además, si te fijas, las cuatro estatuas que presiden la plaza en la que se encuentra el quiosco, son de cuatro reyes visigodos. – Puntualiza John señalando las esculturas con el dedo.
- ¿Ya habían estado antes en Vitoria? – Pregunto con algo de sorpresa.
- Sí. Una vez, aunque estuve sólo de paso, hace varios años. – Contesta John mirando por el ventanal. – Por desgracia, no la pude visitar. Sólo pude ojear postales. Me da la impresión de que la ciudad ha cambiado algo, pero el espíritu es el mismo. Por lo que se puede ver, os gusta conservar las cosas bonitas. Por cierto, tutéanos, por favor.
- De acuerdo, haced lo mismo. Sobre lo de conservar la ciudad; no se crea, cambia constantemente. – Explico viendo como el camarero se acerca con una bandeja. – Desde hace pocos años tenemos tranvía y algunas cosas nuevas más. Ya veréis las cosas que han montado en el Casco Viejo.
- ¿Casco Viejo? – Pregunta con extrañeza Marie.
- El Casco Histórico antiguo. Lo que también llamamos: la almendra medieval. – Aclaro a la vez que contemplo la destreza con la que se mueve el camarero alrededor nuestro, sirviendo el desayuno.
- Comprendo. – Dice Marie. – Me gusta el nombre de almendra medieval, es original.
- Aquí tienen. – Anuncia el camarero con una sonrisa al terminar de repartir el desayuno. – Buen provecho.
- Gracias. – Respondemos los tres al unísono.

Nos miramos un momento. John comienza a revolver el café con su cucharilla a la vez que aprovecha para acomodarse en la silla.

- Bueno, Ángel. Supongo que te gustará saber para qué queremos tu ayuda. – Pregunta John mirándome con atención. Como estudiándome.
- Estas en lo cierto. – Contesto mirando algo sorprendido. Sintiendo como Marie y John me hacen una radiografía total con la mirada. – Para seros sincero, le he dado muchas vueltas. Y no estoy seguro de para qué me necesitáis.
- Queremos visitar ciertos lugares a nuestro aire, sin prisas. Disponer de la libertad de poder movernos cuando queramos; a donde queramos. Con el beneficio de movernos con alguien que conoce la región. – Explica John.
- Vamos, lo que vendría a ser un taxista privado. – Comento mirándolos.
- Creo que sería más apropiado decir: como un guía privado. – Sonríe John. – Pero..., lo de taxista, también podría valer.
- Eso de guía me parece interesante. – Señalo sonriendo. – Guía, ¿de qué?
- Bueno, somos historiadores. – Interviene Marie. – Ambos estamos realizando nuestra tesis para el doctorado sobre unos personajes que coincidieron en esta zona hace muchos, muchos años. Queremos investigar aquí sobre ellos. Y que tú nos ayudes. Concretamente, yo estoy estudiando a Bertrand Du Guesclin y John a Eduardo de Inglaterra, conocido como el “Príncipe Negro”. ¿Sabes quienes fueron?
- Pues... los nombres, he de reconocer que, me suenan un poco. – Respondo pensativo. – Me parece que... son personajes de la Edad Media y que lucharon por el poder de Francia. Pero ahora..., no caigo exactamente. Me suena que..., lo del mote de Príncipe Negro tenía que ver algo con la armadura; pero no sé si eso es cierto.
- ¡Muy bien! – Exclama John. – Pedro me dijo que te gustaba la historia. Sinceramente, no esperaba que supieses nada sobre esas personas. Me alegra haberme equivocado. Así entenderás lo que te vamos a contar. Eso nos facilitará mucho nuestro trabajo. Pero, mientras tanto, desayunemos.

Comenzamos a prepararnos el desayuno. John y Marie untan sus tostadas con mantequilla. Yo empiezo a comer mis cruasanes.

- Lo primero que tiene que quedar claro es que nuestras tesis son diferentes. Sin embargo, los personajes se encontraron muchas veces a lo largo de su vida. Y lo que hemos venido a investigar,

creemos, es una de esas ocasiones. – Explica Marie, tras tomar un sorbo de café.

- Así que estáis juntos en Vitoria por casualidad. – Sugiero yo.
- No exactamente. – Aclara John. – Somos amigos desde la infancia y hemos trabajado mucho juntos. Se puede decir que... hacemos un buen equipo.
- Eso es. A él le gusta el trabajo de campo. – Puntualiza Marie, señalando a John con la cabeza. – Y en cambio yo soy, lo que se suele decir, un ratón de biblioteca. Eso nos permite trabajar más rápido cuando trabajamos juntos. Nos repartimos el trabajo.
- Para que entiendas el contexto en el que estamos trabajando; te cuento un poco la historia que rodea a los personajes y sus andanzas por estas tierras. – John hace una pausa para tomar respiro. Tras comerse una tostada continúa. – Eduardo de Inglaterra, era el hijo primogénito del Rey Eduardo III de Inglaterra. Nació el 15 de junio de 1330 en el castillo de Windsor en Inglaterra. Fue un gran guerrero y comandó los ejércitos de su padre en muchas guerras por Europa. Especialmente, cuando este se lanzó a dominar Francia; con especial interés en Flandes, por razones económicas, como suele ser. El Príncipe Negro fue adquiriendo poder, prestigio y títulos. El más importante fue el de: Príncipe de Gales, consiguiéndolo en 1343. Tienes que recordar que los herederos de la corona de Inglaterra son los únicos que tiene ese título desde 1301. Lo cual indica claramente, que era la persona destinada a gobernar Inglaterra tras la muerte de su Padre. – John hace otra pausa y desayuna un poco más – Antes, has relacionado su sobrenombre, de “Príncipe Negro”, con su armadura. Estas en lo cierto, el nombre se lo dieron mucho después de su muerte, en el siglo XVI. Concretamente porque la armadura que lucía en combate era de color negro, como bien suponías. – Narra gesticulando con las manos, para que me imagine la escena. – Imagínate; qué impresión tenía que dar en el campo de batalla. Donde, muchos guerreros llevaban ropas andrajosas y sólo los nobles lucían armaduras y cotas de malla, de brillantes colores metálicos. Entre todo eso, descubrir una figura imponente, con una armadura y cota de mallas de color negro. Pero..., no te creas, no era todo de color negro. Para indicar claramente su rango, llevaba el tronco de la armadura, junto con su caballo, decorado con los colores de la bandera real de Inglaterra. La bandera estaba partida en cuatro cuadros iguales: la

superior derecha, con flores de lis amarillas o doradas sobre fondo azul; la superior izquierda, con tres leopardos amarillos o dorados sobre fondo rojo; debajo de esta, otra vez flores de lis sobre fondo azul y la última, de nuevo, los leopardos sobre fondo rojo. El hecho de añadir los símbolos heráldicos del reino de Francia: las flores de Lis, a los del Rey de Inglaterra: los tres leopardos de la casa de los Plantagenet, indicaban el claro interés que tenían estos últimos por dominar toda Francia.

- Además, para no confundirse con el Rey, – añade Marie, – llevaba pintada una línea blanca que cruzaba el torso a la altura del pecho, con otras tres líneas blancas más cortas que caían de ella. Este conjunto es la bandera del Príncipe de Gales, el heredero de la corona.
- Exacto. – Confirma John. – Y como colofón, llevaba bien una corona de oro, o bien, un león dorado sobre el casco. Además, su caballo iba cubierto con la misma decoración. Desde luego, tenía que ser una imagen imponente en medio de la batalla.
- Muy tranquilizadora para sus enemigos no tenía que ser. – Comento escuchando atentamente, haciéndome una imagen mental de la escena.
- El Príncipe Negro luchó al principio con su padre. Después dirigió solo sus ejércitos. Es muy importante que sepas que, en esa época Francia e Inglaterra estaban enfrascados en la Guerra de los Cien Años.
- Eso me suena. – Interrumpo yo. – Durante esa guerra, los ingleses intentaron invadir Francia para gobernarla; por considerar que eran legítimos herederos de la corona francesa. Por eso, tenían las flores de lis amarillas que me habéis contado en su bandera, ¿no? – Pregunto, comprendiendo lo que me van contando.
- Efectivamente. Pero no sólo eso. – Apuntilla Marie. – La flor de lis, también pasó a ser el símbolo de los Borbones. Si te das cuenta, en el centro del escudo de España aparecen tres flores de Lis sobre fondo azul; ya que los reyes de España son ahora Borbones.
- Vaya, – contesto visualizando mentalmente el escudo, – es cierto, no había caído en ello.
- Bueno; como sabrás, la historia no es nunca sencilla. La Guerra de los Cien años no fueron exactamente cien años de guerra continua. Fue un periodo comprendido entre los años 1340 y 1453; con periodos alternos de guerra y paz. Además, has de entender que

por antecedentes históricos, los reyes ingleses eran teóricamente vasallos de los reyes de Francia.

- Sí, algo me suena. – Respondo yo. – Una expedición de franceses conquistaron Inglaterra. Fueron los normandos, en 1066, bajo el mando de Guillermo el Conquistador, el Duque de Normandía.
- Exacto. El Duque de Normandía era el señor de una región al noroeste de Francia; que era a su vez vasallo del Rey de Francia. – Continúa John. – Sin embargo, estos nuevos reyes de Inglaterra no se resignaban a ser simples vasallos del Rey de Francia. Y finalmente con el tiempo, reclamaron la corona de Francia para ellos. Usaron como excusa una discusión sucesoria, típica de la época. Con esto, y partiendo de sus territorios del ducado de Normandía en Francia, se lanzaron a la conquista de la corona de Francia bajo la dirección del Rey de Inglaterra Enrique III, padre del Príncipe Negro. Eso es lo que causó originalmente la guerra de los Cien Años.
- Entiendo – digo tratando de organizar todo en mi mente.
- La guerra fue dura. Con serios y duros reveses de los franceses. Pero personajes carismáticos, como Juana de Arco, permitieron derrotar finalmente a los ingleses. – Continúa Marie, terminando su café. – Los cuales, cejaron en sus intentos de conquista. Sin embargo, no terminaron de ser expulsados de territorio francés hasta 1558, cuando fueron expulsados de la región de Calais.
- Pues, sí que se resistieron. – Me sorprende a la vez que termino mi desayuno y me acomodo en la silla, para seguir escuchando con atención.
- Volvamos con el Príncipe Negro. – Dice John. – Fue un gran soldado y derrotó varias veces a los franceses. Sus victorias hicieron que los ejércitos de flamantes caballeros feudales con armaduras, perdiesen la supremacía que tuvieron desde la caída del Imperio Romano. Hizo que los arqueros pasasen a ser el arma fundamental en la guerra. Ya que en la batalla de Crézy, en 1346, fueron ellos los que acabaron con la caballería nobiliaria feudal francesa. Sus éxitos fueron numerosos, llegando a capturar al Rey francés Juan II el Bueno, en la batalla de Poitiers en 1356. Esa batalla acabó definitivamente con la forma feudal de lucha entre caballeros montados con armaduras. Pese a sus éxitos militares, el Príncipe Negro no fue muy querido en los territorios que conquistaba. Su gestión fue nefasta, por obligar a pagar impuestos muy onerosos. Además de tener varios enfrentamientos con la

Iglesia y otros nobles. Durante aquella época fue enviado a luchar en Castilla por su padre. Y a su vuelta pasó una época oscura, muriendo finalmente por enfermedad en 1376 en Westminster. No llegó a ser Rey de Inglaterra, ya que su padre el Rey murió un año después. Sí intentó que lo fuese su segundo hijo. Se podría decir que sus últimos años de vida pasaron sin pena, ni gloria.

- Vaya una vida movidita – comento – y encima, para acabar mal.
- Pues, espérate. – Interviene Marie – Bertrand Du Guesclin, también fue un personaje especial. Antes de él, su apellido, no aparece registrado. Lo cual sugiere que sus orígenes fueron humildes. Sabemos que provenía del ducado de Bretaña, situado al noroeste de Francia. Era un territorio francés, que se negaba a prestar juramento al Rey de Francia. Siendo un terreno donde se enfrentaban con dureza los intereses ingleses y franceses; con numerosas luchas que azotaban sus tierras. Se cree que nació alrededor de 1320. Su capacidad de lucha y de liderazgo eran impresionantes. Llegando a conseguir el título de Condestable de Francia en 1370.
- ¿Condestable? – Interrumpo yo. – Eso era algo así como... el general de los ejércitos del Rey, ¿no?
- Efectivamente. – Confirma Marie. – Lucho, ganó y perdió numerosas batallas contra los ingleses y los navarros; que querían controlar parte de Francia. Fue la única persona capaz de imponer orden en “las Grandes Compañías”. Estas compañías eran grupos de mercenarios, organizados como ejércitos independientes; que además de ser fieros luchadores cometían innumerables fechorías entre la población. Como solución para librarse de ellas, se decidió finalmente enviarlas a España; bajo el mando de Bertrand Du Guesclin, el único capaz de imponer su autoridad sobre ellos. Así apoyarían a los aliados de Francia en la disputa por el control del reino de Castilla. Bertrand Du Guesclin fue capturado en 1367, en Nájera, por el Príncipe Negro, y posteriormente fue liberado; tras el pago del Rey de Francia de su rescate. Volviendo a Francia; consiguió, gracias a una especie guerra de guerrillas entre 1370 y 1380, ir expulsando a los ingleses. Sin embargo, Bertrand Du Guesclin murió en 1380 de enfermedad, mientras asediaba el castillo de Chateaufort-de-Randon cerca de Puy-en-Velay. Su figura fue tan importante que acabó siendo enterrado en la cripta de los reyes de Francia, en la basílica de Saint-Denis.

- Vamos, que sus orígenes humildes no impidieron que lograra todo lo que quiso. – Apostillo yo.
- Así es. – Responde Marie.

Me percaté de que los tres ya hemos terminado de desayunar y John lleva un rato buscando con la mirada al camarero. Finalmente hace un gesto con la mano y este se acerca.

- ¿Qué más desean? – Pregunta amablemente el camarero.
- ¿Sería tan amable de retirar el desayuno y limpiar la mesa? – Pide John.
- Ahora mismo.

El camarero retira rápidamente las tazas y vasos. Después limpia la mesa de restos de migas y gotas.

- Listo. – Anuncia el camarero. – ¿Algo más?
- No, nada por el momento. Muchas gracias. – Responde John, dando una generosa propina.
- A ustedes. Si desean cualquier cosa, no lo duden. – Dice el camarero, con un tono muy agradecido, mientras se guarda en el bolsillo la propina. – Que tengan un magnífico día.

El camarero se aleja, llevando con estilo y soltura la bandeja con los restos del desayuno. Tras unos segundos, John comienza a hablar.

- Bueno, por fin llegamos a lo que nos ha traído aquí. Castilla era en esa época, el reino cristiano más importante de la Península Ibérica. Este reino comenzó siendo una escisión del reino Asturiano. En esa época la zona de Álava parte de sus límites iniciales. Tras independizarse de Asturias, comenzó a ganar importancia y con el tiempo consiguió imponer su poder sobre los reinos árabes del sur de la península. Pero las zonas de Álava, Vizcaya y Guipúzcoa eran territorios disputados continuamente por los Reinos de Castilla y de Navarra; pasando de manos varias veces. En una de las épocas de dominio Navarro, se fundaron muchas de las villas de la provincia; como la de Vitoria en 1181 o Antoñana en 1182 por Sancho VII el Sabio. Poco después, Navarra perdió su control sobre Álava, ya que entre 1198 y 1200, fue perdiendo el poder en las villas; al ir pasando estas a manos castellanas. Es en esa época, cuando conquistó Vitoria el Rey castellano Alfonso VIII; pasando a estar controlada definitivamente por los castellanos. Menos en la época de la guerra civil Castellana, en la que los navarros controlaron esporádicamente algunas villas.

- Cierta que se fundó Vitoria en 1181. – Interrumpo yo, con la esperanza de aportar algún dato nuevo. – Pero en realidad, la villa que fundó Sancho el Sabio de Navarra, sobre la aldea de Gasteiz, fue la villa de Nueva Victoria. Además, remontándonos más atrás, esta aldea inicial de Gasteiz fue el resultado de la fundación en 581, por el Rey visigodo Leovigildo, de Victoriacum; una aldea en lo alto de la colina, en lo que ahora es el actual Casco Viejo de Vitoria. Así que el nombre inicial fue Nueva Victoria. Pero con el paso de los años, el nombre inicial dado por Sancho el Sabio se dejó de usar; ya que se perdió lo de “Nueva” y también perdió la “c” del nombre, sin saberse muy bien porqué. Pasándose a llamar definitivamente la villa, y posterior ciudad, Vitoria-Gasteiz en honor a la aldea sobre la que se fundó la población.
- Vaya, – dice Marie, con tono de satisfacción, – me alegra que conozcas la historia de tu ciudad. Sin embargo, no sé si sabrás que durante la guerra civil castellana, de alrededor de 1360, el gobierno del reino estaba siendo disputado por dos hermanos: Pedro el Cruel, aliado de los ingleses y Enrique de Trastámara, aliado de los franceses. Como ya te hemos dicho, varias villas y fortalezas fueron dominadas eventualmente por los navarros en esa época. Siendo la de Vitoria su posesión más avanzada. Sin embargo, esto no impidió que se produjesen en la zona de Álava varias escaramuzas entre los bandos que aspiraban a controlar el poder en Castilla.
- Aja, comprendo. – Confirmo con satisfacción. – Así que queréis investigar qué papel jugaron el Príncipe Negro y Bertrand Du Guesclin en la guerra civil castellana.
- Sí, pero no. Queremos algo más específico. – Puntualiza John. – Concretamente, queremos estudiar los acontecimientos previos a la batalla de Nájera y la implicación del Príncipe Negro y Bertrand Du Guesclin en los mismos.
- Entiendo – asiento yo.
- Tenemos especial interés en la batalla de Inglesmendi, sucedida en 1367. – Aclara John.
- Bueno. – Interrumpe Marie. – Batalla, batalla..., no llego a tanto. Podría dejarse en combate; pero indudablemente, fue el preludeo a la batalla de Nájera.
- ¿Inglesmendi? – Pregunto con extrañeza.

- Justo, Inglesmendi. – Confirma Marie. – Ese combate tuvo lugar en alguna colina de la llanada que domina Vitoria. Y según nuestras investigaciones, puede corresponder a un monte al noroeste de la población de Ariñez. Al Oeste de Vitoria. Si bien es cierto que hay otras opciones a investigar.
- Ya veo. Eso está realmente muy cerca de Vitoria. – Digo yo pensativo. – Pero... ¿No habíais dicho antes que esta zona estaba controlada por los navarros? Además, el nombre de Inglesmendi, se me hace raro. Ya que “Mendi” es montaña en Euskera, la lengua ancestral de los vascos. Pero, ¿lo de “Ingles”?, no lo veo.
- A nosotros nos intrigó lo mismo. Por eso hemos venido. – Confiesa John con una sonrisa. – Los navarros controlaban la villa de Vitoria. Tras cuyos muros se refugiaron. Pero, no quisieron intervenir contra los contendientes; ya que uno de los bandos estaba apoyado por los ingleses. Con quienes compartían intereses en Francia. Es más, se sabe que el Rey Navarro Carlos II el Malo se dejó apresar por sus enemigos, para no tener que enfrentarse a los ingleses en España.
- ¡Vaya con la política! – Exclamo con resignación. – Siempre liando las cosas.
- Pues, eso no es nada. – Continúa Marie. – El apoyo de los ingleses y los franceses estaba condicionado al pago de sus servicios. Uno de los pagos era entregar el señorío de Vizcaya al Príncipe Negro. Y..., según parece, este intentó ser nombrado Rey de Castilla con esa excusa.
- ¿Cómo? – Pregunto sorprendido.
- El Príncipe Negro veía que su padre no iba a dejar el trono, vamos que no se moría. – Explica Marie. – Con lo que intentó ser nombrado Rey de Castilla. Pero, su plan fracasó en 1369 cuando Pedro I fue asesinado, por su hermano Enrique de Trastámara en Montiel. Ya que éste, no reconoció el título de Señor de Vizcaya que Pedro I le otorgó. Cosa algo lógica, al ser enemigos.
- Pufh, pues sí que se liaron las cosas. – Reconozco. – Pero, ¿lo de Inglesmendi?
- Sencillo. – Contesta John. – En 1367 los ingleses, aliados de Pedro I el Cruel, estaban en la llanada alavesa. El conde Don Tello, hermano de Enrique de Trastámara, lo sabía y pidió a su hermano permiso para atacarles. Este dio permiso, pero puso la condición de que no se lo dijese a Bertrand Du Guesclin; que al mando de un fuerte contingente francés, acababa de unírseles en

su campamento. Que creemos estaba en la zona de Añastro, en Treviño.

- Bueno, no todos los ingleses. – Aclara Marie. – Una aparte de las tropas, al mando de Thomas de Phelleton, se adelantó al Príncipe Negro para buscar a sus enemigos.
- Vale, es cierto. – Reconoce con resignación John. – El conde Don Tello reunió a unos 6.000 hombres a caballo, entre castellanos y franceses. La mañana del 27 de Marzo, partió hacia el campamento inglés, en busca del Príncipe Negro. En el camino se encontraron con el maestre Hugo de Caureley, que llevaba suministros en mulas al Príncipe Negro. Los atacaron y se apoderaron de las mulas, tras matar a los sirvientes que las dirigían. En su huida de Don Tello, Hugo de Caureley se adentró en el campamento de vanguardia del Príncipe Negro, al mando del Duque de Lancaster. Don Tello atacó con fuerza y en el campamento inglés se produjo una gran matanza. Pero los ingleses se organizaron alrededor del Duque de Lancaster, que portaba su bandera; y se situaron en lo alto de una colina cercana al campamento. Allí, aguantaron los ataques de los 6.000 hombres a caballo de don Tello; hasta que los ingleses empezaron a recibir refuerzos, estando el propio Príncipe Negro entre los mismos. Don Tello, al ver que lo superaban en número, decidió retirarse para evitar enfrentarse en inferioridad a todo el ejército conjunto de Pedro I el Cruel y del Príncipe Negro; que se dirigían juntos a socorrer al Duque de Lancaster.
- Vaya, si que se arriesgaron Don Tello y sus hombres. – Afirimo contemplando como John y Marie están disfrutando contándome la historia.
- Pero, ahí no acabó la cosa. – Continúa John, – Antes te hemos dicho que Thomas de Phelleton iba de avanzadilla, ¿no?
- Sí, eso es.
- Bueno, pues llevaba consigo unos 200 hombres. Cuando se encontraban volviendo de su reconocimiento, se toparon de frente con los 6.000 hombres de Don Tello. Los ingleses, con algunos gascones, que eran franceses, todo hay que decirlo, se situaron en una pequeña montaña. Los castellanos se colocaron al pie de la misma, pensando en cómo atacar. Entonces, el propio Thomas de Phelleton se lanzó solo, con una lanza, contra los castellanos; consiguió atravesar con su lanza a un caballero castellano, matándolo. Entonces fue rodeado y luchó valientemente, hiriendo

a muchos antes de caer muerto. El resto de ingleses comenzaron a hostigar a los castellanos, bajando de la montaña luchando brevemente y retirándose a la cima, así continuamente. De esta forma, aguantaron hasta aproximadamente las tres de la tarde. Cuando Don Tello, cansado de que aquello durara tanto, instigó a los franceses y castellanos. Estos se enardecieron y atacaron la montaña. Ambos bandos lucharon valerosamente; pero finalmente los ingleses y gascones fueron aniquilados, sin dejar supervivientes. Entonces Don Tello y sus hombres se retiraron al campamento de su hermano.

- Y supongo que alguna de las montañas de las que me habláis, y en la que lucharon los ingleses, es la de Inglesmendi. – Comento, tratando de adivinar y adelantarme algo a su historia. – Supongo que concretamente se referirá a la segunda montaña de la que me habéis hablado; donde cayeron derrotados los ingleses, pese a luchar valientemente.
- ¡Acertaste! – Exclama Marie.
- Lo que no entiendo es: como Pedro I el Cruel y el Príncipe Negro no acudieron en su ayuda.
- Sencillo. – Replica John. – Simplemente, no tuvieron noticias del combate de su avanzada. Además, se quedaron en el campamento esperando el ataque de Enrique de Trastámara, cosa que no ocurrió.
- Entiendo. – Digo asintiendo con la cabeza. – Y ahora..., queréis visitar ese monte, para haceros una idea de lo que pasó.
- Eso es. – Afirma Marie con una gran sonrisa – Bueno..., eso y otras cosas. – Puntualiza inmediatamente.
- Pues, ¿por dónde empezamos? – Pregunto animosamente. Han despertado la curiosidad en mí. Me apetece recorrer la llanada e intentar recordar esos hechos históricos.

John y Marie se miran unos segundos pensativamente. John mira el reloj y dice:

- Pues, primeramente me gustaría dar una vuelta por el casco antiguo de la ciudad y hacerme una posible idea del tamaño de la villa en aquella época. Quiero imaginarme cómo los navarros podían aguantar entre dos ejércitos, sin verse aplastados.
- Ah, eso es fácil. – Contesto rápidamente. – Lo único..., que no se parecerá mucho lo que hay ahora a lo de entonces. Pero el trazado es básicamente igual.

- Es bueno saber eso. – Se alegra Marie cuando se levanta. – Vayamos a dar un paseo. Luego entraremos más profundamente en materia.

Nos levantamos los tres y nos ponemos los abrigos tranquilamente. Salimos de la cafetería del hotel, saludando con la mano al camarero que se encuentra al otro extremo del local, que nos devuelve sonriente el saludo. Ya en la calle, nos dirigimos al paso de cebra más cercano y esperamos a que el semáforo se ponga verde. Estamos en el centro de la ciudad y ya hay bastante tráfico. La gente va muy abrigada. Miro como John y Marie se abrochan totalmente sus abrigos, mientras veo como se enrojecen sus narices por el aire frío que recorre en ese momento la calle. Mientras cruzamos el parque que hay frente al hotel, dejando el quiosco de música a la izquierda, se me ocurre una cosa:

- Estoy pensando... que si queréis visitar algo de la época, igual lo mejor es hacer una visita a las obras de rehabilitación de la Catedral de Santa María.
- ¿A unas obras? – Pregunta sorprendido John. – No nos dejarán.
- Si nos dejarán. – Respondo yo. – Estas son unas obras especiales; mientras se hacen los trabajos de rehabilitación, aprovechan para realizar labores arqueológicas. Además se realizan visitas guiadas a la catedral, para mostrar las obras, y lo que se va descubriendo en ella. Están teniendo mucho éxito. También se realizan eventos como charlas, presentaciones de libros u otras actividades. Han recibido muchos premios internacionales por la originalidad y el éxito del proyecto.
- Vaya, eso es nuevo. – Comenta Marie. – Es una idea espléndida aprovechar las obras para enseñar lo que se va descubriendo. Me apetece mucho hacer esa visita. – Confiesa con una gran sonrisa.
- De acuerdo. Pediré hora. A ver cuando nos toca.
- Perfecto, – acepta John, – encárgate de eso.
- Por otro lado, – continuo yo – igual ya lo sabéis, pero es posible que en el archivo histórico de la provincia encontréis algo de información que os pueda ser útil.
- Si, queríamos visitarlo. Ya hemos pedido permiso para poder consultar sus fondos. Pero hasta el miércoles no nos han dado acceso a los documentos. Por cierto, ¿Dónde está ese archivo?
- Pues... – digo algo pensativo, – si os acordáis de donde está la estación del tren... – veo como asienten con la cabeza, – detrás está la zona de las universidades. Uno de los edificios es de la Diputación Provincial y en él está ubicado el archivo histórico.

- Un lugar apropiado, entre el conocimiento. Además, será un edificio moderno como los que se veían desde el tren, ¿no?
- Sí. Es un edificio nuevo y moderno. Pero el edificio se construyó en donde se encontraba un antiguo Hospital Militar. Junto al edificio moderno todavía se conservan barracones de ladrillo rojo, que pertenecieron al hospital militar; se reformaron y adaptaron para acoger diversas instalaciones de la Universidad del País Vasco.
- Entiendo. – Contesta Marie.

Seguimos caminando por el paseo y según nos vamos acercando al casco antiguo, me doy cuenta de que John parece muy pensativo. Mira repetidamente a Marie; como con ganas de decir algo, pero sin decidirse. Finalmente cambia la expresión de su cara su cara y dice:

- Marie, ¿Qué te parece si dejamos esto para mañana y vamos ahora al lugar donde creemos que corresponde Inglesmendi?

Marie se para y lo mira desconcertada. Me echa un vistazo; yo me encujo de hombros y me quedo mirando a la espera de ver que deciden.

- Bueno... – comienza a decir Marie dubitativa, – vale. Si tienes tantas ganas de verlo, podemos dejar Vitoria para mañana.
- Sí, tengo muchas ganas. – John se gira hacia mí y dice – Ángel. Cambio de planes. Vayamos a Inglesmendi.
- Como queráis. – Respondo yo. – Pero hay una pega, ¿dónde está exactamente ese monte que queréis visitar?
- Tenemos aquí un mapa. – Contesta John a la vez que comienza a rebuscar en su mochila.

John mueve el contenido de su mochila, revolviendo todo. Se nota como se está poniendo nervioso. Marie me mira y se encoge de hombros.

- ¿Qué os parece si vamos yendo hacia el coche y buscamos ese dichoso mapa cuando lleguemos? – Sugiero yo.
- Vale, vamos al coche. – Contesta Marie.
- ¡Apareció! – Exclama John con gran satisfacción. – Mira... – me indica un círculo rojo dibujado en el mapa. Me fijo que hay varios círculos de otros colores. – Está aquí junto a... ¿Ariñez?
- Eso es lo que pone. – Confirmando – Pues, vamos para allá. Pero antes tengo que preguntarte: ¿cómo es que te ha entrado esta ansiedad por ir a Inglesmendi?
- Te diría que lo que quiero es hacerme una idea de la zona antes de encerrarnos entre montañas de papeles. Pero en realidad... es por un palpito, un presentimiento. Algo así. Siento que tenemos que ir

primero allí. Marie, ¿acaso no has tenido nunca presentimientos, en especial en tu anterior trabajo?

- Si los he tenido. Y me fue bien cuando los seguí. Si es así, vamos a ver que nos encontramos. – Responde Marie mientras ayuda a John a ordenar el revoltijo de papeles que ha causado al buscar el mapa.

Caminamos en silencio hacia el aparcamiento. El viento frío que se ha levantado no invita a decir nada, ya que cuando abres la boca, se enfría hasta la garganta. Me fijo que John sigue muy pensativo. Marie va admirando los árboles que nos vamos encontrando junto al camino. Llegamos al aparcamiento y nos dirigimos en busca de mi coche.

- Bonito coche, – felicita Marie. – De estos no se ven muchos en América.
- Lo supongo, es extraño incluso fuera de España..., es un SEAT León.
- Me gusta el color plateado. – Comenta John. – Si no tienes nada en contra, – se dirige a Marie, – me siento con él delante, para indicarle.
- Me parece muy bien. – Consiente Marie.

Nos acomodamos en el coche y salimos del aparcamiento. Nos dirigimos hacia las afueras, dirección Oeste. Mientras, John comenta cosas sobre las diferencias de los coches americanos y los europeos, cosas del tipo: que nuestros coches son menos potentes. O que los suyos llevan acabados más de plástico. Realmente no presto demasiada atención a sus comentarios.